

# Pasión por leer

VIERNES 16  
DE FEBRERO  
DE 2007

LECTURAS PARA COMPARTIR



Había una vez un reino que era asolado por un terrible dragón. El rey había enviado a todo su ejército, pero sus hombres se negaron a pelear con el dragón sabiendo que esa empresa sólo les deparaba una muerte terrible.

Ante esta situación de rebelión, el rey se dispuso a parlamentar y a negociar un acuerdo con los hombres que consistía en lo siguiente: una vez a cada mes daría una doncella a un mastil que estaba situado cerca de la cueva del dragón para que este saliera a devorarla y no atacara al resto de la gente. Por otro lado el rey organizó un sorteo que consistía en elegir a la víctima, al azar una por mes, de entre todas las doncellas del reino, las habían sido previamente anotadas en un listado y cuando tiempo pasaba y las doncellas iban siendo engullidas por el terrible dragón.

El rey se esforzó a encontrar una solución y tampoco nadie se atrevió a contrariarlo. El sorteo que había sido organizado por el rey.

Enrique Vila Matas (escritor español)

Los grandes libros no han salido nunca de la nada, generalmente han salido de la experiencia vital, pero también de la experiencia lectora del autor, que ha leído a otros autores que influyen en lo que escribe.



H 0022643

Campana Nacional de Lectura



## PARA QUE VENGA UNA GRAN VOZ, Y ME TOQUE

### DE MIGUEL BRIANTE

María ahora quiere que venga Sting y la toque. No que le cante, para eso están los casetes, sonando en el minicomponente portátil, largando la dulce, viril voz del inglesito rubio, a los cuatro vientos del Río de la Plata. Papá, delante de su cuerpo tendido en la cubierta que apenas repite las oscilaciones del casco, ya anunció, como Colón gritó tierra, que están llegando a La Barra. Tirada, con todo el cuerpo al sol, se corre un poco, en la entrepierna, el lado izquierdo de la bikini y algunos pelitos rubios, húmedos, asoman para que Sting los mire; abre un poco, apenas un poco más las piernas. Desde abajo, desde los camarotes, llega la voz de la mujer actual de su padre que está preparando el desembarque de sus hermanitos: ese pantalón no, que está sucio, Gonzalo; ese jean blanco, Adelina. Arriba, María piensa en Sting: que venga y me ame, piensa, y no le hace falta mucho para saber que han entrado a la embocadura de La Barra, porque papá, sin dejar el timón en ese silencio que puede ser del río, del viento pegando fijo en la vela alta, o precisamente del agujero que hace en todos los ruidos del mundo la voz del rubiecito Sting, le dice, enérgico: "Por qué no te dejás de joder con ese inglesito subversivo". No es la primera vez que se lo dice, después de aquella actuación en Buenos Aires -que ahora está tan lejos, porque esto es territorio del Uruguay-, en River, donde subieron al escenario esas señoras de Plaza de Mayo. "Inglés de mierda, y subversivo -le dijo, y después le alargó un diario, el diario que ella había tomado de la mesa de luz de su madre, que ahora anda con un tipo de izquierda-. Mirá lo que dice acá: que fue la mayor manifestación de los

últimos tiempos a favor de los derechos humanos". Ella cierra las piernas, sabe que ahora su padre maniobrará para entrar expertamente, como lo marcan sus premios internacionales de navegación a vela y que debe concentrarse, y pone más fuerte a Sting, más fuerte. Ya le ha dicho, esa vez: "Leí el diario, dos veces. En la primera nota, decían bien que el público era todo así, como nosotros, los chicos que fuimos, rubios, bien. Pero no nos engañaron: todas mis amigas saben que Sting siempre anduvo en ese asunto de los derechos humanos que nunca querés explicar". Como si el diálogo siguiera, el padre, desde el timón, le dice que en el diario, después, alguien, de manera muy *cache*, puso que los asistentes al espectáculo eran sesenta mil llamas. "Bramábamos por la música, por él. Yo, lo de las Madres, me di cuenta cuando me dijo mamá". Y pone más fuerte a Sting que justo canta ese tema dedicado a las madres chilenas. Y calla: no entiende bien pero sabe que por la noche, en el bar de La Barra, su padre habrá olvidado. Por la mañana seguirán hablando de que hay que terminar con ciertas cosas que hay en el país. Pero ella -si lo que espera no es cierto- apelará a los walkman. Pero a lo mejor, cuando baje, ahora, Sting puede estar esperándola. Se vestirá a la última. Se pondrá, en la cabeza, un pañuelo blanco.

En **AL MAR Y OTROS CUENTOS** de Miguel Briante  
© 2003, Editorial Sudamericana S.A.

### MANERAS DE LUCHAR DE RUBÉN VELA

Que no me digan  
que escriben simplemente,  
que dicen el poema  
sin pensarlo siquiera.  
Que él nace porque sí.

Es un arduo trabajo,  
un oficio de herreros,  
un hacer proletario.  
Un cansancio que continuará mañana.

Que no me digan  
que se hacen poemas sin sudores,  
sin una larga y violenta jornada de trabajo.  
Tengo las manos como las de un labriego,  
duras, gastadas, llenas de poemas.

En Rubén Vela - Obra poética 1953-2004,  
Ensayos Críticos, pág. 232,  
Editorial Vinciguerra, 2006

### PREGUNTAS SIN RESPUESTA (ANÓNIMO)

- ¿Qué hay que hacer si uno ve un animal en peligro de extinción comiendo una planta en peligro de extinción?
- ¿Por qué los Picapiedras festejaban Navidad si vivían en una época antes de Cristo?
- ¿Por qué los filmes de batallas espaciales tienen explosiones tan ruidosas, si el sonido no se propaga en el vacío?
- ¿Por qué cuando alguien llama por teléfono a un número equivocado nunca da ocupado?
- Cuando inventaron el reloj, ¿cómo sabían qué hora era, para poder calibrarlo?

## MARIANA

DE CAROLINA RIVAS

Observo a Mariana. La miro detenerse frente al espejo del ropero más tiempo del que solía tardar. Lo sé, porque ella se levanta primero y he observado con cuidado las sutiles variaciones de sus rutinas. La elección de su ropa es lenta, como si no estuviera segura de lo que quisiera vestir. Arroja cosas sobre el sillón y sigue buscando hasta encontrar el color preciso. Es como si yo no existiera en esos momentos y creo entender su proceso. Sin preguntar ni opinar nada acerca de la elección o de cualquier cosa, permanezco en la cama, fumo un par de cigarrillos más y sigo mirando. Tomo notas en este cuaderno y espero. La edad enseña, a asistir silenciosos a las ceremonias de cambio en los seres que queremos.

Cuando está lista, su sonrisa es un poco de papel. Intenta disimular algo que todavía no puede confesarse. Esconde una duda, lo sé, pero ella no sabe que lo sé. Se acerca, me besa en la frente, en la boca despacio y se va en silencio al trabajo.

Debe ser porque hoy es martes que recuerdo la primera vez que nos vimos. Hacía frío y los vidrios del tren estaban empañados con el aliento de los oficinistas. Todos peleábamos contra el invierno que hacía temblar los vagones en ese lento vaivén de la mañana. La vi subir y acomodarse junto a la puerta para mirar, como lo hacíamos todos, a través de la ventana. Se veía bonita de perfil, pensé, algo distraído, mientras revisaba los titulares del diario.

Supongo que si no hubiéramos caminado al mismo paso a la bajada del tren, intentado tomar el mismo taxi y si no hubiera empezado a llover justo esa mañana en que ella no llevaba paraguas y yo sí, no dormiríamos juntos desde entonces. Pero eso pasó hace mucho y ahora ella toma el automóvil y parte temprano con una tácita promesa de retorno que nunca le he pedido.

La observo por las noches en su deambular incesante por la casa -no he dicho que vivimos en una casa grande-. Yo le ruego que se detenga y converse conmigo antes de comer. Pero Mariana me dice que tiene que ir hasta el jardín, que los perros ladran muy fuerte, que las plantas o que el portón, cualquier cosa menos sentarse a mi lado, frente a su otro espejo. Sé que me teme, que se teme a sí misma y la entiendo. Sólo me queda mirarla desaparecer y aparecer con un té caliente y otro beso que me dará cerca de la boca y mi boca querrá abrirse y abrazarla, pero ella preferirá apoyar la cabeza sobre mis rodillas y yo le pasaré la mano por el pelo que enredaré entre los dedos y olerá a calle, a vida, a lluvia de martes y me preguntaré si guarda otros olores que no percibo, que no conozco. Tocaré un ángulo de su hombro y temblaré sintiendo que ella se acurruca más aún entre mis piernas y me calmaré, convencido que su amor ha sido mío. Quizás debiera preguntarle por qué no es feliz, o si lo ha sido alguna vez conmigo, pero no lo haré. Preferiré su silencio de siempre, su desaparecer de todos los días de mi lado, al otro lado de las sábanas.

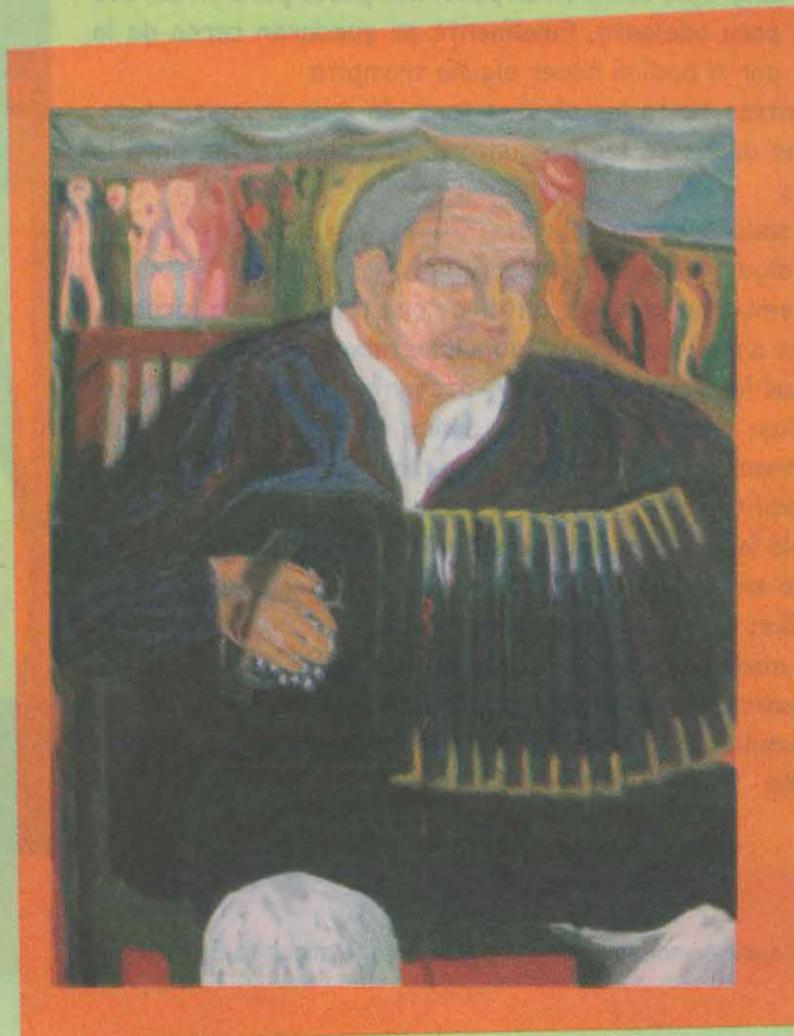
No sé en realidad por qué pienso en esto mientras no está. Será que la vejez me llegó hace algún tiempo y la conozco. Uno va refugiándose poco a poco, casi sin darse cuenta, en las cosas conocidas y propias, los libros de cabecera, o ese par de zapatos viejos que debimos arrojar a la basura hace un lustro. Reconocemos esa tos nuestra de las madrugadas y cultivamos la costumbre del vino después de la cena. Después, nos entregamos mansos al blando cobijo de la almohada, a la mano que apretamos antes de dormir o a otra que extrañamos alguna noche, perdida en los secretos pliegues de nuestra memoria.

Esas son cosas de viejo y las conozco. Me da un poco de ternura y un poco de rabia también, reconocer que le ocurrirá lo mismo y que tiene miedo.

Alguna vez le hice el amor todas las noches y ella después se dormía tranquila feliz. Ahora no... Cada cierto tiempo, me atrevo a besarla como antes y la amo, juro que la necesito tanto que me contengo de decírselo porque noto las pequeñas amenazas de arrugas en los extremos de sus ojos, porque he asistido al cambio repentino de sus tiempos, porque se detiene a mi lado menos de lo que espero, porque quiero tenerla cada vez más, porque estoy cansado y ya no me dan ganas de levantarme cada mañana, porque ella aunque todavía no lo sabe, está partiendo, y maldigo el no saber guardarla de alguna manera.

Tal vez, todo hubiera sido diferente si en esos días yo no hubiera tenido tantos temores. Yo sabía que me quedaba poco tiempo y ella tenía todo el tiempo del mundo. Pero la tomé, irresponsable, y ella me tomó y acá estamos, en esta extraña cautela diaria, mientras tarda más que de costumbre en el baño, se maquilla y se arregla la falda como si tuviera dieciséis y fuera a salir a una fiesta. Y yo aquí, en la cama, en esta maldita espera, escribiendo, revisando mis papeles, mis tantos errores, haciéndome trampas para convencerme de que ella nunca, nunca subirá a un tren como yo ese día cuando la elegí, en medio de la muchedumbre y la lluvia, así por puro instinto, para extrañarla el resto de mi vida.

En **DAMA EN EL JARDÍN**, de Editorial Alfaguara  
Cortesía Editorial Alfaguara Chile



# Infantiles

## La leyenda de los hipocampos de Silvia Paglieta

Hubo una vez un dios que preguntó a los animales por su destino.

-Ahora mismo debe decir cada uno de ustedes dónde se quiere quedar, si en el agua o en la tierra.

Los animales se sintieron desconcertados. Estaban acostumbrados a subirse volando hasta el cielo o a sumergirse en el fondo del mar o a comer alfalfa fresca en el campo, con total libertad.

Pero bueno, ahora había que decidir.

-Elegir es perder un poco -protestó un camello que se guardaba un poco de agua dentro de la joroba.

-A mí eso de siempre agua o siempre tierra me da un poco de miedo -comentó la trucha.

-La tierra tiene sus cosas y el agua tiene sus cosas -afirmó un conejo creído de decir una frase célebre e inolvidable.

Las vacas, sin dudarlo, se fueron lentamente al campo.

-Para nosotras se ha hecho pasto bien verde -opinaron.

Y los toros las siguieron.

Los pejerreyes eligieron rápidamente los ríos y los mares, pero se mantuvieron firmes en su deseo de ser siempre elegantes y de estar cerca del calor del sol.

La ballena no lo dudó: le gustaban las olas del mar.

Así cada animal se fue organizando, armando grupos ya sea para caminar sobre la tierra o nadar sobre las aguas.

Los cangrejos dudaron un poco: dos pasos para atrás, dos pasos para adelante. Finalmente se quedaron cerca de la playa, por si podían hacer alguna trampita.

Mientras tanto las plantas también iban organizándose, por las dudas se les preguntara. El ombú, se fue para la pampa.

Los sauces, cerca del río.

Las algas, al fondo del mar.

Sin embargo ese dios, antes de que terminara la jornada, vio que algunos animales todavía estaban dudando:

-¿Qué les pasa a ustedes? -preguntó a la gran familia de caballos- ¿Ya eligieron lugar donde vivir?

Entonces, el caballo de cola más larga empezó a relinchar una explicación.

Habló largo rato. Explicó todo lo que pudo, aún en idioma que no entendían todas las especies, que ni siquiera comprendían todos los de su gran familia.

Esa misma tarde, allí donde la espuma se rompe contra las piedras, los caballos resolvieron separarse en dos grandes familias: la de los caballos de tierra y la de los caballos de agua.

Los caballos de tierra andan corriendo por la pampa.

Son los caballos salvajes que están cerca de las sierras. Usan colas largas, flequillo y crin. Les encanta conquistar a las yeguas que suben piedra por piedra para verlos desde lo alto del valle.

Los caballos que resolvieron quedarse en el mar formaron otra familia, la de los hipocampos.

Cambiaron de color.

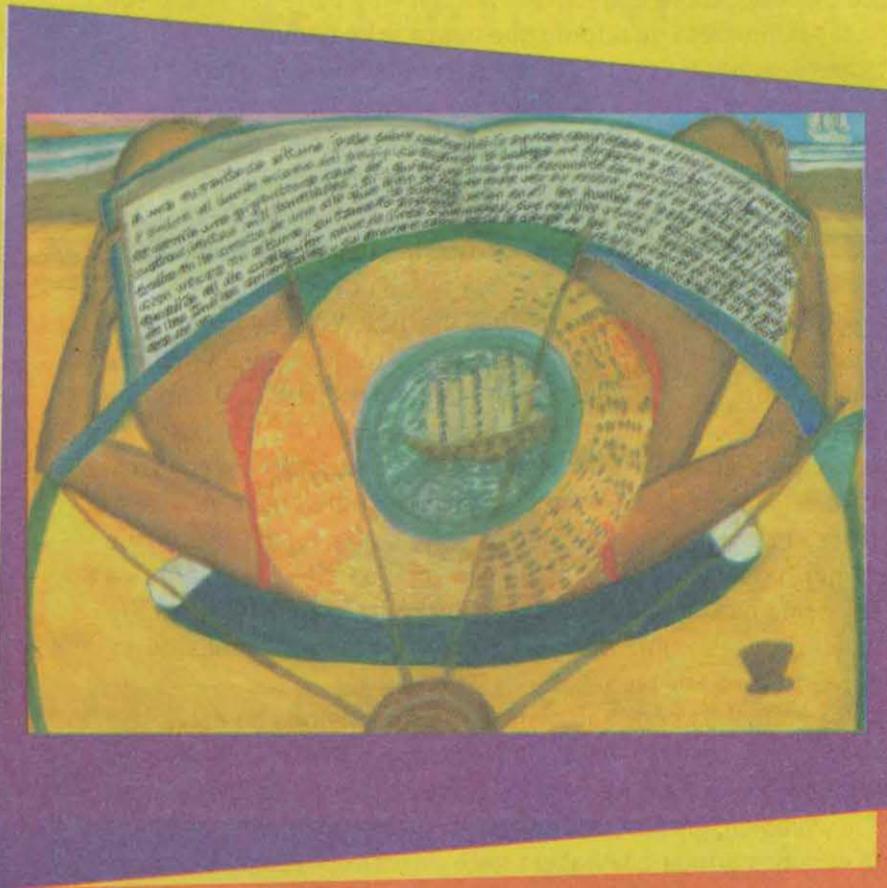
Se hicieron cristalinos y pequeños.

Ellos tienen los ojos bien alertas, porque no es fácil vivir allí. Por eso con un ojo andan siempre buscando una pareja para tener hijos y con el otro ojo miran para ver si algún pez se los quiere comer.

Les encanta dormir entre los corales, armar allí un lugar con algas y caracoles para que venga la hembra y los fecunde. A los hipocampos machos les gusta mucho quedarse esperando a que nazcan los doscientos hijos que tienen cada vez que son fecundados por las hembras.

En cambio ellas, sólo desean nadar entre cardúmenes llenos de color, meterse dentro de las cuevas y nadar por los mares cálidos buscando leyendas que están siempre entre las aguas de los mares más profundos.

Cuento inédito



Ilustraciones Armando Dillon \* Compiladora: Margarita Eggers Lan

2007-02-16 6